

Escuela Nacional N.º 97

San Rafael

Mendoza

Rosa L. Granizo

A decorative flourish consisting of a horizontal line with a large, stylized loop or flourish underneath it.

" EL GAUCHO "

por Fr. H. Rin

Viejas selva seculares
 De mi tierra americana
 Donde en hamacas de liana
 Se amoderran los jaguares;
 Viejos bosques, familiares
 Sólo al gaucho y a las fieras;
 Intrincadas madrigueras
 Siempre sumidas en sombra
 Con jazmines por alfombra
 Y techo de enredaderas;

Selvas, en cuyo ramaje
 Palpita aún dolorido
 El estridente alarido
 Con que del blanco al ultraje,
 Revolcándose, el salvaje
 Agonizaba, en las brañas;
 Gritos que vuestras marañas
 Guardaron, como un materno
 Labio, el adiós eterno
 Del hijo de sus entrañas;

Florestas que el corazón
 De mi América alza al cielo
 Como símbolo de anhelo
 Y perpétua adoración;
 Mística, viva oración
 De un misterioso rito,
 Que entre el perfume exquisito
 Que exhalan los incensarios
 De millones de nectaricos,
 Se elevan hasta el Infinito;

Patrios, ríos rumorosos,
 De turbulento caudal,
 Raras sierpes de cristal,
 Que con giros perezosos
 Hendís los bosques frondosos,
 Lastimando entre sus ramas
 Vuestras corazas de escamas ;
 Hervidero de centellas,
 Cuando el sol lanza sobre ellas
 La irradiación de sus llamas;

Patrios ríos, que el azote
 Del huracán os airáis,
 Y huís y huyendo arrancáis

De la costa al camalote
Fatal, fantástico bote
De el tigre, incauto, se embarca,
Desventurado monarca,
De la inviciada pradera
que corre a muerte certera
En tan veleidosa barca;

3

Ríos que el Ande desata
Sobre sus múltiples zonas
Y engendrás el Amazonas
El Misisipí y el Plata;
Los que viendo en catarata
Vuestra oleada agigantar,
Ansias cobráis de luchar,
Y salís, venciendo la tierra,
A dar un grito de guerra,
En los dominios del mar;

Montañas inaccesibles
Que escala el cóndor tan sólo,
Y de un polo hasta el otro polo
Os tendéis incommovibles;
Peñascos indestructibles
Que en el desfile sin segundo
Dobláis al cierzo iracundo,
Que ente vosotros se arredra,
Y sóis vértebras de piedra
Del espinazo de un mundo;

Montañas que un cataclísme
De las terráqueas entrañas
Dió aluz, soberbias montañas
Que del submarino abismo
Alzastéis a un tiempo mismo
Las cabezas altaneras
Empenachadas de hogueras;
Audaz legión de titanes
Que con fuego de volcanes
Adornaba sus cimeras;

Andes, que así que crecistéis
Apagasteis vuestro fuego
Y nivea clámide luego
Majestuosos revestisteis;
Vestutos Andes, que fuisteis
Asombro de nuestra edad,
Cuando en vuestra soledad
Surgió entre murallas rotas
Y despejos de patriotas,
Radiantes de libertad;

3

4

Pampero, monstruo en furor,
Coloso, alado y sin ley
Que del espacio eres rey
Y de los vientos señor;
Gigante dominador,
Que en soberbio desenfreno,
Huellas la nube en el seno
Y al peso de tal afrenta
La nube airada revienta
Y te insulta con su trueno;

Pampero, rudo titán,
Primogénito de América,
Que en audaz carrera homérica
Esparces terror y afán,
Tal, que corvándose van
A tu capricho tirano
Sabana, pampa y océano;
Que doquiera que se muestra
Tu noble frente siniestra
Te aclaman soberano;

Pampero, Inca Pampero,
Legendario compatriota:
Que siempre viste en derrota
Al mar, al mar altanero
Y al rayo rápido y fiero
Tú que fuiste en el pasado
El tenaz heraldo alado
Que gritaba a la conciencia
De América: ¡Independencia!
De independencia embriagado;

Selvas, ríos, montes, vientos,
Mi alegría y mis amores,
Desatad vuestros fragores
Para eco de mi acento;
Den las aves el concierto
De las hojas y los nidos;
Los ríos den sus quejidos,
Y las cúspides glaciales
Den sus rítmicos torrenciales,
Y el pampero sus bramidos!

Y en entre el sublime concierto
De vuestras voces viriles
Lejos del mundo y sus viles
Hervores de cuerpo muerto,
En el dintel del desierto,
Agigantado y de pie
Mi poema cantaré,
Selva, ríos, viento y montes,

Y a lejanos horizontes
Su música arrojé .

5

Moved las arpas, florestas,
Mirad de quien son los ruegos ,
De aquel, que ya con sus juegos
Infantiles y sus fiestas,
Desterró de vuestras siestas
El triste subido eterno;
De aquel cuyo afecto tierno
No vió jamás sin congojas
Revolotear vuestrashojas
Entre los pies del invierno.

Ríos, cantad! Yo os lo pido;
Yo, que enlace mis primeras
Trovas de amor lisongeras
A vuestro dulce sonido.
Yo, ríos, yo que os he sido
No amigo, que es poco-hermano;
Yo, que al surcar ufano
Vuestras nítidas corrientes
Besos de espumas nacientes
Acariciaban la mano.

Y vosotros, bardos blancos,
Que acordáis vuestro laúd
Al diapason del alud,
Que despenáis por los flancos
A estallar en los barrancos,
Vibrad sus cuerdas potentes ,
Sacudid vuestros torrentes,
Viejos Andes! Lo desea
Quien remonta con la idea
Más allá de vuestras frentes!

Y tú , ¿podrás olvidar
La añeja amistad, Pampero?
Tu que fuiste compañero
En la tierra y en el mar
De mi continuo girar
Trá e un fantástico bien ;
Tú que mi pálida sien
Cariñoso desgredaste;
Tu que mi llanto secaste
!Canta Pampero también!

Y entre el solemne concierto
De vuestras voces viriles ,
Lejos del mundo y sus viles
Hervores de cuerpo muerto

S
Esc
De l
Arg

De pie en el diel abierto
De la Pampa solitaria
Canción endecha y plegaria,
Haré que mi lira vibre
El himno del hombre libre
Y el alarido del paria.

Canta al gaucho. Es hora ya;
Que el indómito heredero
Del indio, el bravo guerrero
El noble gaucho, se va.
Mañana... de él quedará
Sólo un fantasma sin vida,
Una sombra desvaída
Que en la leyenda se oculta,
Porque la historia le insulta
Porque la patria le olvida!

Ah, cantad! Si Dios ha dado
El porvenir al profeta,
Dios a su vez al poeta
El dominio del pasado.
Cantad, cantad! Yo he soñado
En las alas de la fama!
Lo grande mi mente inflama!
Y sé de llanto y cariño
Todo un mundo, y desde niño
Sé que la gloria me ama!

Soy el bardo! Y me levanto
A cumplir el ministerio
Del bardo, con el misterio
Indefinible del canto!
Vibrad vosotros, en tanto,
Sin cesar! El Dios que adoro,
Dándome la lira de oro,
Sembrió en mi mente esta idea.
Cantemos pues y que sea
Mío el himno y vuestro el coro.

Oh! y si a través de la historia
Gime una sombra quimérica;
!La que en el drama de América
Fue carne de la gloria!
Si hoy, sin premio ni memoria,
La pobre sombra se pierde....
Si no hay quien de ti se acuerde....
Noble patria! ahí va el poeta
A coronar tu silueta
Con el laurel siempre verde.

Firmado

Rafael Fraguero.

San Rafael
Escuela Nacional N.º 177
De el libro "Lecturas
Argentinas"

Rosa L. Granizo



TRISTE.

Guitarra, dueña del trino,
envidia de los zorzales
por donde brota a raudales
el sentimiento argentino.
Otra vez, en mi camino
vuelve a buscar tu canción,
pero no tienes el son
aquel que en lazos estrechos
nos unió como dos pechos
con un solo corazón!

Ya no responde a mi afán
tu cordaje lastimero
como si fuera un alero
donde las aves no van...
Tristes los campos están
cual si fuera a oscurecer,
y lo más hondo del ser
que a la pena se habitúa
se desata la garúa
de las nostalgias de ayer.

Triste el arroyo dormido
de la loma se desata
como un suspiro de plata
en la llanura perdido.
Murmura el viento al oído
sollezos de la tapera,
y toda el alma campera
se hace lágrima en los ojos:
¡más triste que los rastros
después de la sementera!

Ya el rancho no tiene nada
de aquel tesoro sencillo
que dió consistencia y brillo
a la histórica jornada.
Parece que, despiadada,
en la gloria que agoniza,
la grandeza olvidadiza,
hubiera de un manotón,
deshecho el patio feo
y aventado la ceniza!.....

A lo largo del camino,
semeja el viento la queja
de lo grande que se aleja
envuelto en el torbellino....
Nubla el cielo el destino,
de la duda el temporal
y una sombra sepulcral
cruza la noche distante,
como el alma en pena errante
de la gloria nacional!

Como estigma del pasado
sólo queda de la raza,
el surco que despedaza
y la espiga del mercado,
Y trueca el pueblo cansado,
la melena del león
en librea del baldón,
sin que de patria se acuerde.....
!topa mansa que se pierde
al caer la cerrazón!

En la abundancia caído
el pueblo aquel de la hazaña,
se confunde en la maraña
como un pájaro sin nido...
Arbol que rueda partido
por la tormenta en mihangos,
arroyo que se hace fangos
cuando la seca le abruma.....
!restos altivos de puma
que deveran los chimangos!

El recuerdo de otra edad
en la niebla se diluye
como un fantasma que huye
de su propia soledad.....
Un viento de tempestad
descegella los plantíos
y los árboles sembríos
en los lejanos ponientes,
parecen almas de ausentes
sobre los ranchos vacíos.

Enramada sin aroma,
la tradición argentina,
no la berda la glicina,
ni le arrulla la paloma.
La sequía de la loma
marchita el trébol de olor,
y el surco del arador
siempre fecundo y abierto,
como la fosa de un muerto
está esperando al cantero!

San Rafael
Escuela Nacional N.º 1177

De "El Fogón"

Rosa L. Granizo

Guitarra, triste guitarra,
ya no suenas como antes,
con los estilos vibrantes
y la milonga bizarra.
Tristezas cívicas narra
el poema de tu son;
has perdido la canción,
la que con lazos estrechos
nos unió como dos pechos
en un solo corazón!

...GANTOS INFANTILES.

Este niño lindo no tiene cuna
 Su tata es carpintero
 Y le hará una

 Arreró mi nene
 Arreró mi sol,
 Arreró pedazo
 De mi corazón.


 Guardo yo en el fondo
 De mi corazón,
 Para tí tan sólo
 Mi profundo amor.

 Este niño lindo
 Se quiere dormir
 Y el pisare sueño
 No quiere venir.

 Este niño lindo se quiere dormir
 Se quiere dormir
 Sierra los ejites
 Y los vuelve a abrir

San Rafael
 Escuela Nacional N^o 97
 He oído arrullar a mis hermanos
 con ellos

Rosa R. Garizo



Algunas creencias y costumbres indígenas.

He conocido desde muy tierna edad a la india Juana Salva, y al enterarme del noble y patriótico fin que persigue el Fleklere Argentino, he tratado de contribuir a una pequeña parte de la obra con este relato:

Dirigime a su ranchito en el que encontré hospedada la miseria. Salí rengueando a recibirme porque no es solo la vejez sus achaques sino enfermedades y pobrezas; contome sus cuitas y luego que la hube escuchado empecé a dirigirla preguntas como estas:

(Observé en una de las paredes del rancho unas madejas de lana hilada, y con el propósito de empezar mi trabajo le pregunté) -¿Quién a hilado este? -y la señorita, ya haciendo este trabace también como ante. -¿Hilaba mucho Ud. antes? -Si, yo en linda casa tejiendo fino pa cacique. -¡AH! Ud. era hija del cacique? -No, yo ser comprada chiquita por cacique pa muquyer, yo ser linda, él también lindo mozo muy rico, mucha plata. -¿De donde era Ud.? -Yo no acordar nombre vivir en sierra y haber cerca un río grande.

¿Qué fiestas hacían Uds.? -¡OH! setros haciendo fieta linda, mucho mecer que aquí lo olio, casamiento. -¿Que hacían cuando había un casamiento? -¿Y?.. Lo ceven que guta niña la roba por noche y la llevande a la casa de lo padre de novio y la tener tejiendo, haciendo vestido pa novia pa ver si e trabacadora depué sisave todo esto vuelvénovio con padre, madre y niña a casa de novia y la pedir.

Lo padre de novia dar reggle a novio; rienda con plata, bosal, lazo boleadora tropilla caballo y padre de novio dar a niña, quiérgón, manta coquinillo cuero teñido collar y todo que hace falta la casa. Tomar aguardiente comer asado y bailar mucho lindo.

Madre de niña no mirar más a cara a yerno, taparse cara cuano vene.

¿Y los olios como los hacían? -Padrine bautizar niño y poner nombre del, regalar caballo y subir a ahicao en el ma mecer, también dar vaca y bailar depué.

¿Y cuando se moría uno de la tribu que hacían? -hacer con paca y palo un ca trase y poner muerte setae arriba depué poner pilcha del a la cabeza y plata a lo pié, boticón con guardiente, comida y carbón en la mano pa alumbrarse en otra vida; le sembrar trigo, lino, alberca, y cebada pa que teng fier.

También matar todo lo caballo y vaca de muerte paque no lo ocupar otro por que ser de gracia, igual que cuano seienta pácaro negro? Ud. ha visto ese pájaro negro? - sí, yo no verlo, a mí contar que pácaro ser fiero tener oreca y morir dueño de casa cuano pasa.

¿Dónde más ha estado Ud.? -Yo estar con cacique mio en fertin de Roca.

¿Como fueron allá? -Cuano ser niña grande me entregar a cacique que compró yo estar linda mucha plata, en lo cuerpo y lo brazo, collar, aro, yo tener miedo cacique y diparar leco él querer mucho a mí bucar y me encontré en una casa de piedra a lo mucho día, yo estar sin comer. depué no llevaron fertin de Roca. ¿Y que hacían allá? -nohacer nada cacique mio, ser ma rico que que general. depué quitar todo a cacique y yo volver otra vé aquí.

Esta india es natural de Mendoza y cuenta 90 años de edad mas o menos.

Araucano

San Rafael

Escuela Nacional N.º 97

Rosa R. Ganizo

LOS CRIOLLOS DE ANTES.

Al fin obtuvo el sargento Flores la venia para hablar con el general. Solo por el sosten de una voluntad inquebrantable, su cuerpo se mantenía erguido bajo el peso de 70 años cumplidos y de varias balas que por ahí le quedaron incrustadas, durante 45 años de lidia. Cuadrado a pocos pasos del general, llevó su mano huesosa a la visera del kepi, y esperó el permiso para hacer su petición. El jefe le envolvió en una mirada cuya severidad marcial se desvaneció en sonrisa afable. ¿y cómo no?

Aquel viejo evocaba en su memoria todo un mundo de recuerdos. Los de la niñez, cuando en la corraleja de la estancia le enseñó a terear ternero y le ensilló el primer petizo. Los de joven: cuando en las noches oscuras galopaba cargado de guitarras, guiando a la comitiva estudiantil hacia la vecina casa de campo donde se había de dar la serenata. Los de alferez: cuando en el bautizo de fuego apareció como por encanto entre la humareda del combate, perfiriendo por cubrir con su estatura de titán la delicada de su amito. Todos, de ahí en adelante, todos los recuerdos de la vida militar: muchos innumerables lances de heroísmo: aquella vez que lo levantó herido y desmayado y galopando a toda rienda, lo llevó en sus brazos desde la línea de fuego hasta el hospital de sangre, doné de le vendó la herida con su pañuelo colorado, y le frotó las sienes en el último trago de aguardiente que su cantimplora atesoraba; esa otra tarde del entrevero a lanza, en que le quitó de encima del caballo recién muerto, para ofrecerle uno aperitado y todavía encabritado por la caída de su jinete, desmontado al efecto por uno de sus lanzeros fulminantes; aquellos arrestos correspondientes a otras tantas reverendas berracheras con que siempre celebró cada triunfo y cada ascenso de su amito.....

Entre las espirales de humo de su cigarro, el general veía en el rostro del sargento una fiel reproducción de esos instantes supremos, en que n un gesto de valentía dividido entre la humareda de la refriega lo electrizaba de pundonor.

El desfile de los recuerdos le dispuso el ánimo a la ternura de la gratitud, pero la idea de la próxima marcha al campamento le impuso repentina severidad, y le dijo:

¡Hable sargento!

- Pa pedirle, mi general, que no me dejen... que ya el coronel me dió la orden....

Es cierto la orden de quedarse en la reserva.....

- Pero.... mi general.... nunca he sido de la reserva.....

- No es posible Ramón.... Tú sabes que esperan mi ejército en el Tolima para dar batalla....! Nada menos que veinte dias de camino y a marchas forzadas!..... Tú has peleado ya de sobra. Es necesario que descanses.

Yo quiero acompañarlo....

- No es posible... Tú no puedes.... Tú estas viejo y enfermo.

- Tengo juerzas.... Yo no puedo quedarme da verguenza!

- Te he dicho que te quedas. La orden es para los viejos... para todos.

- Tú has trabajado bastante en estos dias, disciplinándome a esos mezos reclutas. Voy a ver que tal pelean....

No me quedo....! mi amito!

- ...! Puedá retirarse, sargento!

Crugieron los huesos del viejo soldado al erguirse ante esa voz de mando, y girando sobre los talones, bajó la mano del kepi, no sin antes haberla humedecido con una lágrima, ¡quizas la primera! ¡parida sabe Dios con que dolores, y estancada en un arruga de la mejilla.

El general lo siguió con la mirada cariñosa, pero disipó ese dolorcillo que le produjo la escena, viendo en la marcha del viejo la mal disimulada tirantez de la anquilosis, agravada por la renguera claudicante que

le clavara en una pierna el último balazo.

En el cuartel, general situado en el cabildo de esa población, acababa de vibrar el tercer toque de marcha.

En los demás cuarteles repitió el clarín la orden, y a poco rato bermejeaban en la colina vecina las franjas sinuosas de las banderolas, señalando el ascenso de los regimientos de vanguardia.

Las recuas de mulas cargadas de pertrechos y las caballadas de remuda, manchaban el azul de los confines con polvaredas cobrizas, que descendían luego bajo la luz cenital de la mañana, hasta cubrir el verde cándido de las labranzas, con un manto leonado, con un sucio pelamen de pantera. En los cuatro costados de la plaza principal espejeaban las murallas de bayonetas, un prelongado redoble de tambores, seguido de un golpe bronce de culatas en las piedras, anunció que en los cuatro últimos batallones se había dado vez de firmas.

Los sargentos habían retirado de las filas hacia las aceras a las mujeres, que lleriqueando se despedían de los reclutas, desatando así mil lazos amorosos que las balas habrían de destrezar para siempre muy pronto. Alguna vieja desgreñada atrevíase aún a deslizarse furtivamente en la catuchera de su hijo un arrugado escapulario del Carmen, y alguna joven en cinta se retorcía los dedos y se tragaba el llanto al ser alejada de su esposo. El rechinar de dientes en las filas denunciaba crujidos de sellos comprimidos, y las pupilas dilatadas parecían mendigar rayos de sol para orear lágrimas y recalentar corajes.

Las muchachas robustas, las célebres Juanas de los ejércitos colombianos, esas sencillas labriegas que así dan el labio al beso fecundante del gañan apasionado, como adelantan las curvas de los senos al mordisco de la metralla es así que bajo el granizar de balas llevan a su hombre el jarro de aguardiente con pólvora, para criar coraje: esas se habían situado ya a regular distancia de las filas, cada cual frente al merral de su amado respectivo.

Con las enaguas bien arremangadas y las pederosas pantorrillas libres para arrear los fangales del camino, con el ala de su sombrero de paja caída sobre los ojos para sombrear las lágrimas, y encorvadas bajo la maleta de ropa y de cacharros, esperaban con mohín hombruno el momento de la partida y recibían de las que quedaban en el pueblo los ataditos con tabaco, los frascos de mistela, los últimos escapularios y los últimos mensajes para los reclutas viajeros.

Los oficiales a caballo al frente de sus compañías, buscaban entre las macetas de orquídeas y claveles de los balcones distantes, el rostro pálido de sus novias, tratando de repetir y disimular en el aire con el brillo de sus espadas desnudas, el juramento afirmativo de sus ensueños desgarrados.

Las voces de mando y los estridentes relinchos de los potros, ahogaban brutalmente los sellos y los mensajes de salúes que todavía se cambiaban entre los grupos de mujeres y las filas de reclutas.

A los portales del Cabildo, asomaban los bronceos de sus rostros y las cenizas de sus barbas los viejos taciturnos que se iban a quedar de guarnición.

Los chiquillos del pueblo invadían la línea de las tropas, mostrándose con el dedito unco a otros en que parte de las filas estaba su papá... Un murmullo anunció la llegada al centro de la plaza, del general rodeado de los jefes y oficiales de su estado mayor. A un movimiento de su espada siguió el redoble de tambores, y de las bandas lisas se escapó una convulsión de cobre agudo, que estriduló en todos los nervios y desgarró todas las lágrimas resistidas a brotar.

Fue en ese instante cuando la atención general quedó suspensa, al eco de una detención producida en el cuerpo de guardia del Cabildo.

Miraba el general hacia ese lado, cuando un ayudante se adelantó a darle parte de lo sucedido. Se irguió un poco sobre los estribos para cerciorarse que ya desfilaban los batallones por una esquina de la plaza y dirigió su caballo hacia el Cabildo.

Allí echo pie a tierra, y por obscuro zaguán del cuerpo de guardia, penetro hasta el espacioso patio de ejercicios.

Allí, sobre un banco de piedra que se desprendía de la muralla, estaba el cadáver del sargento Flores, aún abrazado al remington.

Apagada de repente esa llama misteriosa de la voluntad pujante, la vejez y la muerte se habían precipitado a sellar por suyos los despejes de ese cuerpo. El acero del remington y el de esas manos testadas con el fuego de la pólvora y brasas de vivas, parecían formar una sola máquina de guerra. La sangre que chorreaba del cráneo destrozado, corría por las cavidades de una arruga, empurpura los bigotes blancos y desaparecía en el hoyo lúgubre de la boca abierta, en ese respiradero de la gloria en esa boca cuya sed sólo pudo saciarse bebiéndose la sangre que bullía en tan insaciable corazón.

En la fisonomía cenicienta del anciano, persistía aún ese gesto sonriente que le era habitual, ante el peligro, ese rictus misterioso que transfiguraba el rostro de los bravos cuando preguntan el encanto del aplauso póstumo.

Así yacente y frío, ese cuerpo desbordaba prestigios de soberanía individual.

Para obedecer a su destino, desobedeció a su jefe, pero lo desobedeció militarmente... ..

De entonces data una ficción que hasta hace poco tiempo se observaba en la primera compañía del tradicional batallón Guías. Al pasar las listas de ordenanzas, se llamaba:

¡Sargento Flores!

Y toda la compañía en coro respondía:

¡Presente!


El jefe quiso rendir ese tributo a la memoria de su fiel sargento, retemplando así diariamente el coraje de sus tropas.

Años después cuando en la intimidades del hogar refería el general Talero, la historia de su sargento Flores, la habitual firmeza de su voz temblaba un poco.....

EDUARDO TALERO.

Buenos Aires, 1908.

San Rafael
 Escuela Nacional N° 94
 De "El Hogón"
 Rosa L. Granizo



" LA ESCUELA DEL RASTREADOR "

(Cuento)

Vadecemos la cuenca ancha y seca del Chorillo por una de cuyas márgenes se deslizaba culebreando entre cantos rodados y areniscas rojizas, un hilo de agua cristalina como si fuera huyendo del arenal sediente. - A paso lento, en medio de una gasa polvorienta, venia avanzando una árrea de burritos cargados de ramas secas, y detrás, meneándoles chicotazos, cuatro ó cinco muchachos a pie, con grandes sombreros de esparte en forma de embudo encajados hasta los ojos saltos, de renegrida pupila y el rostro de color de bronce. -

Risueños y felices con esa alegría sana y confiada de los niños, pasaron pregonando su mercancía y se alejaron, dejando en el silencio del campo los ecos de su voz, tiernos y cadenciosos como gemidos de vidalitas: " ara leña, ara la leña /...á...á..."

Son vendedores de leña dijo mi acompañante, vieniendo la sierra donde van a buscarla diariamente y a educarla la vista para el oficio de rastreadores en la escuela del monte. -

Es muy curioso eso, explíquemelo. Los hijos de la llanura no conocemos al rastreador sino de oídas, aunque tenemos al gaucho baquiano tan original y característico como aquél, por la manera sorprendente con que sabe orientarse en las tinieblas de la noche, en las escabrosidades de la selva o en la inmensidad de la pampa para seguir el rumbo que confió a su memoria y a su tino. -

Curioso y simple a la vez, porque se trata de un conocimiento vulgar y casero entre las gentes campesinas. El instinto atávico, la costumbre, la necesidad de valerse a si mismo en su desamparo, sin más libro ni maestro que la naturaleza que les rodea; por espíritu de observación paciente, de educación del órgano visual en yo no sé que misteriosas relaciones con la memoria, lo cierto es que llegan a adquirir ese don del rastreo, increíble y maravilloso para los hombres de la ciudad. Esos muchachos que ahora vuelven del monte, son practicantes. Llegan temprano y buscan la aguada - un arroyo, manantial o laguna - sueltan sus burritos para hacerlos beber, y cuando han terminado, observan en la arena las pisadas húmedas, la siguen hasta el pasto para tenerlas bien grabadas en la retina; a fin de distinguirlas en medio de la rastrollada de otros animales, que a nosotros nos parecerían idénticas, pero que tienen, sin embargo, diferencia, una fisonomía peculiar, por decirlo así, para que a aprendido a reconocerla. -

Dejan entonces pastar en libertad a las bestias, mientras ellos se meten al monte a buscar lechiguanas o frutas silvestres y a formar su provisión de leña. Terminada la tarea, cuando la altura del sol les indica la hora del regreso, vuelven a la aguada, busca cada cual el rastro de su burrito y sigue a través de las espesuras sobre la hierba o los pedregales, aquella huella invisible a las miradas profanas, pero tan clara y patente para ellos que los conduce sin errar jamás hasta el sitio donde está comiendo el paciente animal. -

A la larga, esta práctica realizada a diario concluye por educar el ojo humano ese maravilloso poder evidente que ha hecho famoso a los rastreadores puntanos. -

Recuerdo el retrato, admirable que hace Sarmiento de Calíbar el legendario rastreador que, después de dos años de haber observado la pisada del ladrón de una montura, encontró el rastro perdido y descubrió al raptor y a su montura ya inutilizada por el uso, pero siempre creí exagerado el relato. -

¡Absolutamente! Calíbar era puntano y fué un insigne rastreador cuyo

fama salvó los límites de la provincia. Pero no ha sido el único. Vive en la ciudad un viejecito que ha ejercido el oficio durante muchos años prestando muy buenos servicios. Es hijo de un soldado de la Independencia, se llama Benito Lucero y todavía, cuando se quiere poner a prueba su habilidad, sabe distinguir sobre la arena movediza de las calles por donde acaba de pasar una árrea de mulas, cuántas son, el número de hembras y machos, si van cargadas o de vacío, al tranco o al trote, añadiendo de yapa como dato ilustrativo, si se trata de animales chúcaros o mansos si alguno va acollarado y hasta el nombre del propietario muchas veces...

Lucero se inició como todos en la observación campera, en la escuela de la naturaleza. Se cuenta que una mañana, al ir a recoger la tropilla notó la falta de un malacara braceador el caballo de mas estima de su padre. Recorrió el campo en todas direcciones inutilmente hasta que al fin encontró un portillo recién abierto en el potrero. El malacara había pasado por allí. Junto a los rastros del vaso se veían pisadas humanas. Volvió entonces a casa con la noticia del robo, asegurando que el ladrón era un peón chileno a quien habían despedido hacía varios años, sin que se tuviera noticia de que hubiera vuelto al pago.

La afirmación era audaz; otros diestros comprobaron en realidad que las huellas eran del caballo sin que ninguno reconociera empero de quien eran aquellas pisadas; pero siguieron el rastro y alas pocas leguas alcanzaron al chileno que iba tranquilamente camino de la Cordillera con el malacara de tiro.

El rastreador había surgido. Desde entonces son numerosas las hazañas que han cimentado su fama. Siendo jefe de policía en la capital tuvo ocasión de comprobar la pericia verdaderamente extraordinaria de este hombre.

En uno de los caminos de la sierra se cometió un crimen atroz. Un puñalero, su mujer y una criatura habían sido degollados para saquear la pulpería. Al recibir la noticia, hice buscar a Lucero y nos dirigimos al lugar del suceso.

Al acercarnos, desmonté pidiéndonos que le dejáramos solo un momento a fin de orientarse y para evitar, sin duda, que nuestras pisadas pudieran borrar los rastros del asesino.

Caminando despacio, con la mirada reconcentrada, entraba y salía de las habitaciones observando el suelo sin decir palabra; fué hasta la ramada escudriñó la tierra pisoteada del palenque, volvió a examinar el piso de las habitaciones, salió de nuevo al patio, encorvado siempre, hasta que al fin se enderezó dirigiéndose a unas matas de sauco a cuya sombra estaba un barril con agua, sacó de entre las ramas un trapo ensangrentado.

El ladrón está herido; aquí se ha estado lavando y se ha curado-exclamó gravemente, señalándome sobre un pequeño charco formado por el agua derramada, una pisada humana casi invisible; -Aquí asentó el pie izquierdo; tiene las piernas cambadas y usa alpargata-aseguró entonces con la plata certidumbre del hecho "visto" a través de aquellos leves rastros.

Cubrí después con unas tablas el sitio señalado, y volviendo hacia nosotros el rostro trigüeño iluminado de orgullosa satisfacción, añadió:

Es al fudo buscarlo por los montes de alrededor, va con la plata robada, y a la fija se ha ido al pueblo a gastarla.

Regresamos a la ciudad. La víspera con motivo de unas carreras, el comisario sorprendió una jugada de taba y arrojó con los jugadores a la policía. Cuando llegamos, hacía varias horas que habían sido puestos en libertad. En la calle donde estuvieron formados antes de soltarlos, había transitado mucha gente acoballada y algunas carretas de bueyes, pues las pisadas estaban borradas o confundidas por los surcos de las llantas y los vasos de las cabalgaduras.

Sin embargo Lucero que tenía el presentimiento que el ladrón debía de ser de los de la volteada, sin inquietarse por el contratiempo en la

al contrario su vanidad de profesional acostumbrado a vencer mayores dificultades, ganoso de afirmar una vez más su mentada fama, se puso a recorrer la calle en todas direcciones, andando y desandando camino, en busca de la huella que traía impresa en la misteriosa retina. De pronto se detuvo y observó breve rato; las pupilas agudas reconcentraron todo su poder en aquel retazo, de arena pulverizada en el cual iba a leer tal vez la condena de un hombre.

Los circunstantes seguían sus movimientos sin perder detalle, en medio del mayor silencio.

La cabeza se inclinó de nuevo hasta casi tocar el suelo; pasó un minuto, de ansiosa expectativa,

El rastreador, grave, impenetrable seguía mirando la arena sin cambiar de posición. De cuando en cuando hacía un inconciente ademán, como si reflexionara, comparando la huella buscada con algo que tenía delante de los ojos.

Al fin se irguió y lanzando un a escupida, dijo pausadamente con la tonada de la tierra, al señalar el rastro que acababa de encontrar:

¡Aquí vá! ... Y como si hubiese encontrado la punta de un hilo invisible hechó andar, cruzó varias cuadras en dirección a los arrabales sin detenerse ya hasta llegar a un terreno baldío cubierto de biznaga.

Por aquí ha entrado -afirmé otra vez; y penetrando al biznagaldescubrimos oculto, entre los escombros de una tapera a un paisano, que se entregó sin hacer resistencia.

Una vez registrado, se le encontró en el tirador cierta cantidad de dinero cuya procedencia no supo explicar, lo mismo que una herida en el brazo izquierdo, y, como prueba concluyente comprobamos asombrados que aquel hombre tenía las piernas cambadas y calzaba alpargatas. ¡Era el asesino!

Han corrido los años. Las hojas de la cartera de viaje donde consignamos los apuntes que nos han servido para el presente relato empiezan a ponerse descoloridas. Pero la impresión fué tan intensa que, al evocar su recuerdo, he sentido animarse la escena cual si haber hubiera sido presenciada, y he creído ver erguirse y pasar la visión del viejo rastreador ya ido para siempre, como se van todas las cosas que hablan al alma de nuestro pasado.

Firmado

Martiniano Leguizamón.

San Rafael

Escuela Nacional N.º 97

Copia del libro "Lecturas Argentinas"

Rosa L. Granizo

EL PRIMER DEFENSOR.

El año 1803 fué enviado a Madrid por su padre-riá comerciante español a-vecindado en la ciudad de Salta, el joven argentino don José Moldes a se-licitar el cargo de alférez de guarda de corps, cuerpo aristocrático y distinguidísimo, como se sabe, pues los que le formaban no solo habitaban en palacio y compartían al lado de su real majestad de todas las grande-zas y ceremonias de la corte, equiparándose a pesar de la inferioridad de sus grados -en mérito de sus privilegios, a las mas elevadas gerarquías de ejército español.

Merced a su cuantiosa fortuna y a sus relaciones en España, el joven salte-ño obtuvo el cargo que deseaba, y no solamente no se dejó arrastrar por los desórdenes de la corte corrompida del débil Carlos 4 y de la hermosa y di-soluta Maria Luisa, sino que era respetado por la insospechable moralidad de su vida, y temido por su valor, a la par que admirado por la belleza va-renil de su persona y por el lujo elegante que ostentaba con gallarda desenvoltura.

De carácter impetuoso, dominador, altivo, Moldes tenía segun su historiador ilustre una arrogante figura con hermosos rasgos de detalle, pero antipáti-co en su conjunto como su carácter.

Sus maneras eran grandiosas, pero ni fáciles ni abiertas, sino mas bien re-traídas y menospreciativas.

Moral y honorable bajo todos aspectos, inspiraba odios instintivos, pero nunca desprecio ni falta de consideración social.

Era alto y robusto, perfectamente formado: ancho de espaldas, pecho saliente, la cabeza grande, elevada y soberbia, estaba magníficamente vestida por un csbello negrísimo y ondulado.

La patilla, negra también, y cortada a la mitad del carrillo, hacía brillar la idea fina y esmaltada de su rostro-varonilmente sombreado por el azul de la barba.

Los ojos eran bellos y negros también, pero de un mirar recio y ofensivo, con cejas bien pobladas pero no montuosas.

Tenía la cara un tanto ancha, la nariz alta, fiata, y extendida en sus remates parecía siempre puesta al viento, por el ademán altivo y natural del cuello Magnífico y dadivoso, Molde se labró bien pronto una envidiable posición en la corte-A la que no poco contribuyeron mas de un duelo, en los que siempre resultó vencedor.

Por esta época llegó a Madrid en misión confidencial del Emperador Napoleón ante la corte de España, el general Requier, de la antigua familia de Mac-tén, sobrino del conde de Lubau-mariscal de Francia-Uno de los héroes de la célebre batalla de Mosen.

Obsequiado, con un banquete el oficial francés -al que también asistía Mol-des-y llegado el momento del champaña, dijo aquel que así como los ejérci-tos imperiales habían vencido y dominado a la Europa entera conquistarían igualmente a la España y sus colonias de América.

Sea por exceso de corteza, por temor o cualquier otra causa, la bravata iba a quedar sin respuesta, cuando arrogante y sereno se levantó Moldes y ex-clamó :

- Los ingleses-haciendo alusión a las dos tentativas de apoderarse de Bue-nos Aires-han probado, señor general, que eso no es tan fácil!

- Bah!-replicó el francés-los ingleses fueron unos estúpidos que se dejaron derretar por la canalla de las calles.

- Esa canalla-contestó Moldes, avanzando hacia Requier -no es por suerte de la familia de los moutens (Barneros) y tiene el pecho mas fuerte que el de usted!-y al mismo tiempo le asestaba un fuerte puñetazo, que le de-rribaba en tierra.

Hora despues quedaba arreglado el duelo, y a la mañana siguiente el general francés recibia dos heridas en la cabeza y una en el costado, muriendo de resultas de ellas a los pocos dias.

Esta fué la primera sangre que el coronel Moldes, derramara en obsequio de pueblo argentino.

Mas tarde, y ya vislumbrada la titánica lucha que debía dar por resultado la incorporación de un continente libre al mundo entero, Moldes es el jefe y el alma de aquella asociación secreta, temible por sus compromisos, llamada "Sociedad de los Caballeros Nacionales" y de la que tambien formaban parte Puyrredón, los Balcarcel, Gurruchaga, Higgins, San Martin, Zapiola, Pinto, Lesica, Alvear y otros americanos ilustres que a haber vivido en los tiempos antiguos hubieran inmortalizados los bardos.

A.G.G.

San Rafael
Escuela Nacional 71^o 97
De la revista "El Fogón"

Rosa L. Ganizo

Habiéndome llamado la atención el nombre del lugar con que encabezó este relato, tube la oportunidad cierto día que me encontraba paseando en casa de un tío, hombre ya de edad y que vive desde hace varios años en este punto, dar con la clave de este nombre el cual transcribo a continuación:
El nombre de este pueblo -me dijo- Real del Padre quedó desde cuando los padres misioneros hacían sus excursiones por estos parajes para convertir a los indios del sur de la Provincia de Mendoza.
Todos estos lugares estaban habitados por ellos; bien pues, uno de estos misioneros en sus peregrinaciones asentaba su real en este lugar -¿Y qué es real?-le pregunté -Real, me respondió se llamaba en aquellos tiempos al terreno donde alojaban o acampaban los viajeros.
Y de ahí quedó hasta nuestros días con el nombre de Real del Padre, el poblito en que nos encontrábase.

San Rafael, Enero 15 de 1918.

Escuela Nacional 10^o 97
Inform. [Narrado por Germin Bastias
Edad: 65 años

Rosa L. Granizo

RECUERDOS DE UN PRISIONERO.

(Tomados de la revista el Fogón)

! Solo un ranchito perdido *mo*
 En la margen de un estero
 Dónde grita el terutero.
 Que vuela escuchando el nido!
 Se ve, como enfurecido
 Un venado disparando,
 Cruzan los perros rastreando
 Con el ansia sin igual
 De morder al animal
 Que de ellos se va librando.

Es el humilde ranchito
 De junco, paja y terrón,
 Dónde vibró el pericón
 Entre placer infinito.
 ! Ver llegar al trotecito
 Un gauche de tez testada,
 Embriagante la mirada
 En su china, su ilusión
 Que prepara el cimarrón
 Debajo de la ramada!

En ese rancho el viajero
 Al gauche ha de recordar.
 Un embú, cerca del cerral
 Mecido por el pampere,
 El canto del terutero,
 Nuncio de la madrugada.
 Poco a poco la alberada
 Viene nacarando el cielo,
 Y brinca alegre el cordero
 Balando entre la majada.

Cuando despunta el lucero,
 Que es el reloj del gauchaje,
 ! Hay que ver al paisanaje
 En bulluciese entreverse!
 Vibran las cuerdas de acero
 A compás del pericón;
 Y todos, sin confusión
 Trabajan con alegría,
 Hasta que el astro del día
 Dera toda la extensión.

Recuerdos de ese ranchito,
 Ferman mi triste pensar,
 Pues lo tuve que dejar
 Con pesar infinito,
 ! Caro pago mi delito,
 Hijo de hora desgraciada,

RECUERDOS DE UN PRISIONERO

Tomados de la revista de Boston

Que me robó la ranada
Dónde libre cenaría
Junto con la prenda mía,
Con mi merceda aherada.

Herberto el Infortunado.

San Rafael

Escuela Nacional N.º 97

Rosa de Granizo

En ese rancho el viajero
Al rancho ha de recibir.
Un ombu, cervos del corral,
Medida por el paupero,
El canto del tarzaro,
Huelo de la mandragala,
Poco a poco la alborada
Viene acercando el cielo,
Y brinca alegre el corbero
Balandando entre la mandragala.

Cuando después el lucero
Que es el reloj del amanecer,
Hay que ver al paisanero
En bullicioso entrecero!
Aliran las onzas de acero
A campo del pericero;
Y todos, sin confusión,
Fregaban con alegría,
Hasta que el astro del día
Dora toda la extensión.

Recuerdos de ese rancho,
Forman mi triste pensar,
Pues lo tuve que dejar
Con pasar infinito,
¡Cero pago mi delito,
Hijo de hora desgraciada!

EL CARRETERO.-

(Tonada criolla).

Tira tira carretero,
Tira tira sin cesar
Dende iremos a parar
!Ola! yuyere
A la casa de Né Ampuero
Al pan de gueses
Dende iremos a parar
Si ay, ay, ay.

Al tren le han pueste Santiago
Perque corre muy ligere
La primer vez que corrió
!Ola! yuyere
Ha matae un caballero
Al pan de gueses
Dende iremos a parar
Si ay, ay, ay.

Soy un pebre chileno
Que recién vengo llegando
Con las maletas al hombro
!Ola! yuyere
Y un remiende colgando
Al pan de gueses
Dende iremos a parar
Si ay, ay, ay.

San Rafael

Escuela Nacional N.º 97

Roberto L. Granizo

Reciba mi cuyanita
!Ay! tiene lo que ofrece un guazo
Una sandia maquina
!Ola! yuyere
Y un zapalle maetaze
Al pan de gueses
Dende iremos a parar
Si ay, ay, ay.

Esta tonada la sabe Nieves Lucero que cuanta 105 años de edad.